



¿Para qué se enseña?

Para poder decidir qué se enseña es preciso primeramente decidir para qué se enseña. La facilidad espontánea que los niños tienen, evoca el proceso de adquisición de la primera lengua. Por otra parte, la despreocupación y desinhibición que demuestran al hacerlo implica que no se plantean limitaciones. Es importante garantizar un contexto rico y de suficiente exposición para que lo que se aprenda no sean simples fórmulas memorizadas.

La propuesta consiste en fomentar el **desarrollo de competencias comunicativas, lingüísticas y culturales**, con énfasis en las posibilidades que las lenguas brindan de entrar en contacto con otros diferentes de uno mismo. La introducción de lenguas extranjeras no garantiza que en el futuro los niños vayan a convertirse en hablantes fluidos, pero sí se cree que la introducción temprana del concepto de otras culturas y lenguas fomentará un mayor grado de tolerancia hacia el otro y de curiosidad por seguir aprendiendo.

Por ello, es esencial que los niños desarrollen habilidades relacionadas con las posibilidades de acceso al conocimiento más que con el conocimiento en sí mismo. Es más importante que los niños aprendan, que sean capaces de expresar un concepto sin utilizar su nombre mismo, empleando distintos recursos, como la paráfrasis, descripción, antonimia, e incluso gestos y otros elementos paralingüísticos. Resulta imposible predecir en qué contexto el niño de hoy utilizará la lengua extranjera el día de mañana, y por lo tanto, determinar qué aspectos de la lengua serán necesarios. Por eso es fundamental que, más allá de aprender aspectos básicos de la lengua, los niños incorporen hábitos relacionados con cómo aprender, cómo buscar y cómo descubrir por sí mismos las características esenciales de la lengua, o básicamente, **aprender a aprender**.

Investigaciones han demostrado que la introducción temprana de las **lenguas extranjeras** implicará que los aprendizajes posteriores se consoliden sobre la base de una fonología que se aproxime a la del hablante nativo, lo que, por lo general, no sucede con quienes aprenden una lengua como adultos.

La proximidad y amplia presencia de las lenguas extranjeras en los medios de comunicación y las nuevas tecnologías vuelven las inquietudes de los niños mucho más cotidianas e inmediatas de lo que podrían haber sido hace un siglo e, incluso, una década. Los niños viven rodeados de mensajes en otras lenguas y, particularmente en las grandes ciudades, de personas que hablan otras lenguas. Esta es una oportunidad que debe ser aprovechada, desde el punto de vista pedagógico, para fomentar **valores de tolerancia y respeto hacia lo distinto**. El aprender una lengua extranjera puede generar empatía con la situación del hablante de otras lenguas en un contexto de una lengua que no le es propia. Existe un objetivo que la escuela contemporánea no puede soslayar y que es el rol fundamental que cumple en facilitar en el niño estrategias que le permitan la decodificación de un mundo complejo, globalizado, multilingüe.

Los aspectos lingüísticos no son un fin excluyente de otros fines, sino más bien un andamiaje sobre el cual se construyen otros fines, tales como la comunicación intercultural. Lo que caracteriza al usuario del idioma no es la capacidad de hablar y escribir según las reglas de la academia y la etiqueta de solo un grupo social, sino la adaptabilidad a la hora de seleccionar las formas correctas y apropiadas exigidas por cierto contexto social de uso. Esta forma de competencia es precisamente la del hablante intercultural que opera en las fronteras que dividen a varios idiomas o variedades de idiomas, maniobrando su pasaje por las aguas turbulentas de los malentendidos transculturales. Los niños que comiencen su aprendizaje de lenguas extranjeras en forma temprana tendrán mejores posibilidades de convertirse en hablantes interculturales que pueden funcionar como puentes entre distintas culturas.

Miss Vanesa Claudia Chimenti
2nd grade
5th grade